

Alone

Historia de Palabras

Confesemos nuestra ignorancia.—¿Sabe Ud. lo que es Semántica?—Una ciencia entretenida.—Y maravillosa.—Lo que yo creía.—Lo que ignoraba Jorge Hübner.—Lo que imaginaba saber Talanto.—Es preciso estudiar.

NO se ha dado en Chile el caso de un escritor que junte al temperamento artístico, al don de imágenes y de comunicación sentimental, la alta cultura de la inteligencia o aun la cultura mediana indispensable para conocer y manejar *bien* su idioma. Por regla general, los sabios en lingüística, o en cualquier materia, son al estilo de don Enrique Nercaseau y Morán, hombres de libros, secos, rígidos, maestros de un ramo que escriben conforme a las leyes gramaticales y de acuerdo con la tradición castellana. Los otros, los que han recibido de la Naturaleza la facultad divina, carecen de la oportunidad o el deseo de ilustrarse, déjanse llevar por la inspiración sin preocuparse de extenderla y encauzarla mediante el estudio, son bohemios desdeñosos de la literatura en el sentido didáctico y confiados en sus fuerzas espontáneas.

No le temamos a la franqueza para apoyar estas afirmaciones y contemos hechos con nombres propios.

Hace poco, en casa de la señora Amanda Labarca, uno de los sitios de Santiago donde es posible encontrar mayor número de personas cultas, conocimos a un profesor de Castellano cuya conversación nos interesó desde el primer momento. Habla-

mos del idioma y le dijimos el amor frustrado que teníamos nosotros por su estudio. Acaso, para nuestro gusto, no hay ciencia más interesante que la del lenguaje, sobre todo la historia de las palabras, cómo nacen, cómo se desarrollan, cómo mueren, el misterio de su origen enredado en el latín y el griego y en tantas otras lenguas, las modificaciones que el uso y las costumbres les hacen sufrir, sus alzas y bajas, al igual de las personas, su fisonomía especial y cómo su análisis conduce a la psicología, necesita de la historia, de la geografía y hasta de la química. La Filología es un punto de reunión de innumerables ciencias y una puerta para entrar al más apasionante de los estudios, el del alma misma del hombre. Nada nos interesa como nuestro propio yo, a no ser el yo de las personas que tenemos cerca por el afecto. De ahí parten y ahí convergen todos los demás intereses. La observación de las palabras constituye una llave para penetrar en ese recinto secreto. ¡Y qué sorpresas, qué de pequeñas novelas y pequeños dramas, con sus aventuras y sus complicaciones, alegorías conmovedoras o grotescas! Recordamos siempre con placer la lectura de un Jardín de Raíces Griegas que cayó en nuestras manos y no hemos olvidado las transformaciones tan singulares de ciertos términos.

Por ejemplo, el vocablo *parásito*, compuesto de dos elementos que significan «cerca del trigo». Parece (hablamos de memoria y no queremos precisar demasiado) que había en Grecia un funcionario especial, elegido entre los ciudadanos más honorables, con la misión de cuidar los depósitos de trigo acumulados en los años de abundancia para los tiempos de escasez. Por estar a la puerta de la bodega llamábasele «parásito», con mucha lógica; y la nobilísima función irradiaba su prestigio sobre el funcionario y sobre ese espejo de las cosas que son las palabras. Decir de alguien que había sido el parásito de la ciudad era conferirle un título honorífico. Pero con el trascurso de los años estos hombres se corrompieron y el trigo de la colectividad lo aprovecharon para amasar el pan de su casa y para venderlo ocultamente. Sobrevino su descrédito.

Y la palabra que los designaba empezó a descender. Tiempo más tarde ya no significaba una cosa honorable, sino al contrario: el parásito era el que vivía a costa de los demás. El funcionario y la ciudad desaparecieron; pero la pobre palabra decaída, profanada, corrompida, quedó para designar técnicamente a los que aprovechan el trabajo ajeno y matan al trabajador. ¿No es todo un símbolo? Otras palabras encierran verdaderos sarcasmos y parecen acuñadas por la mano de Voltaire, como el término *taumaturgo* que, analizado etimológicamente, significa «trabajador en prodigios», industrial en milagros.

Pues bien, el joven profesor que nos escuchaba, sin duda con un poco de ironía, ante nuestro ingenuo asombro, nos dijo que la ciencia a que debíamos dedicarnos era la Semántica.

—¿La Semántica?

—Sí, la Semántica.

Nosotros (la franqueza ha de empezar por casa) teníamos una vaga idea de que esta palabra indicaba unas señales que hacen los buques en el mar o los ejércitos en campaña de un cerro a otro. Nos sorprendió mucho oírlo a propósito de estudios filológicos. Tuvimos que preguntar, sencillamente:

—¿Y qué es la Semántica?

—La Semántica es una ciencia nuevecita, fundada hace poco, rama de la Filología que trata del «alma de las palabras».

Nos prometimos estudiar Semántica. Y al otro día le pedimos a don Carlos Jorge Nascimento, no sin cierta prosopopeya, *un tratado de Semántica*. Ignoramos si el señor Nascimento conocería a fondo la materia. Tal vez sí, porque sabe más que muchos escritores. Pero el hecho es que, sin vacilar, nos presentó un volumen de la Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía e Historia titulado «Ensayo de Semántica», (Ciencia de las Significaciones) por Miguel Bréal, Miembro del instituto de Francia. Agregaremos para los que se interesen por buscarlo: Madrid, La España Moderna, Calle Fomento N.º 7. Con este libro bajo el brazo nos fuimos a hacer estudios de Semántica al Cerro Santa Lucía.

En realidad, es una ciencia curiosa y entretenida.

Cierto que el que sólo sabe una pintita de latín y nada de griego quédase un poco en el aire, porque la citas sin traducir de esos idiomas abundan en el texto; pero la intuición suple mucho y no es desagradable cierta imprecisión misteriosa en un libro de lectura. Cuando el lector lo entiende todo, experimenta un vago desdén por el libro. Nosotros entendimos lo suficiente para trazar una serie de señales en los márgenes.

Recorriéndolos ahora, después de un año, encontramos pasajes dignos de reproducirse y que dan idea del libro.

En el prólogo, Bréal nos previene contra el peligro de las metáforas, esos pequeños seres lingüísticos que nosotros creamos, en los cuales empezamos a creer y que acaban por imponérsenos, como dioscecillos. No hay que dejarlos crecer demasiado. Están en todas partes, brotan como las yerbas en el trópico y al fin obscurecen el aire. Tarea difícil porque (pág. 3) «las lenguas indo-europeas están condenadas al lenguaje figurado. Les es tan imposible librarse de él como al hombre, según el proverbio árabe, saltar fuera de su sombra».

Ya hemos encontrado, por lo menos, una bonita expresión.

Más adelante (pág. 25), hallamos una cuestión social y hasta el mismo problema de la siutiquería que provocó tantas discusiones. Se trata de la ley de repartición. Cuando un idioma empieza a entrar en un país extranjero, por lo general los términos sinónimos traban su lucha y se reparten el campo. Casi siempre, vence el extraño. Por ejemplo, en el suizo antiguo el aposento se llamaba «païle». Llegó la palabra francesa «chambre» y desde entonces «païle» es un aposento de última clase, un zaquizamí; y las piezas de personas decentes se llaman, únicamente, «chambres». Lo mismo que les sucedió a los conquistadores de Chile con los comerciantes vascos del siglo XVIII.

En esta emigración de vocablos, algunos parecen especialmente afortunados, como, por ejemplo, todos los que envuelven cierta malignidad. Existe en francés un sufijo despectivo (pág. 39) «âtre» que forma palabra como «marâtre», madrastra, «bellâtre», hermosote, «douceâtre», dulzón. Viene del griego. Agradó a los romanos que lo adoptaron dándole el sentido de falsedad, de

simulación, y tenemos el padrastro y la madrastra, los que símulan ser padre y madre, pero no lo son, el medicastro, el poetastro, el pillastre, etc., etc.

Otro hecho de psicología subrayado por la filología: las palabras contrarias se influyen visiblemente, se buscan y toman el mismo camino, igual que los caracteres opuestos. «El espíritu—
« (63)—acostumbra asociar las ideas por pares y tiende a soldar
« entre sí las contrarias, dándoles la misma apariencia exterior». El día y la noche, la vida y la muerte, el antes y el después, a fuerza de encontrarse siempre acabaron, en latín, por declinarse de igual modo. Su oposición produjo el efecto de la analogía, su enemistad tuvo las consecuencias de la amistad.

El hombre de sociedad gusta disimular las cosas ofensivas, tender sobre ellas un velo amable; pero con el tiempo, este velo se rompe, y la cosa desagradable aparece desnuda. Entonces hay que echarle otro disfraz. Y así las palabras van girando como en una rueda. La voz *periculum* significaba, primero, experiencia; ahora el peligro es el peligro. *Valetudo* quería decir salud; tanto se alentó a los enfermos que, hoy, valetudinario, es un hombre muy enfermo, y pedir licencia por salud equivale a pedirla por enfermedad. Lo mismo sucede con el verbo *mentir* que proviene de *mens*, mente, imaginación. El que mentía era el que pensaba. En alemán *List*, astuto, empezó como sinónimo de *Kunst*, saber, habilidad. Se decía *Gottes List*, la sabiduría de Dios. En inglés *silly*, tonto, proviene del anglo-sajón *saelig* y del alemán *selig*, «dichoso, tranquilo, inofensivo». *Prude* en francés era el femenino de *preux*, prócer, noble; tanto se aplicó a mujeres que no lo merecían que pasó a significar hipócrita, mojigata, etc. Y así, continuamente, rómpese el velo de la decencia y aparece la indecencia.

En las sociedades modernas, esta transformación es más rápida que en las antiguas; las palabras, como las gentes, caen y desaparecen en menos tiempo.

Debemos sentirlo, porque las palabras constituyen el más precioso archivo histórico; son medallas donde queda grabada la vida de los hombres y de los pueblos. Burnouf creía descu-

brir en ellas el origen de los dioses: «Numina, nomina», decía; los númenes proceden de los nombres. En todo caso, no se puede negar que así como el pie deja su huella en el barro del camino, el alma humana queda estampada en el lenguaje, camino de sus ideas, sus intereses y sus esperanzas.

En griego la palabra caballo significaba primitivamente sólo animal. El amor del jinete por su cabalgadura hizole designarla con el nombre de «el animal»; y de ahí la fusión de los dos términos. *Emprender*, empresa, aparece ahora como un vocablo genérico aplicable a toda clase de obras; entre los griegos empezó significando piratería, latrocinio en el mar. Tanto los multiplicaron que acabó por extenderse a toda clase de empresas... Y tenemos dos rasgos del carácter griego, la afición a las carreras de caballos y la afición al mar, en especial, a los robos marítimos, retratados en dos palabras.

Los cuadros de la vida romana que pueden ofrecernos las evoluciones del léxico latino son abundantes y significativos. Tenemos la palabra *facio*, madre de los facistas, que significaba víctima ofrecida a un dios, y evolucionó en el sentido de unión, congregación, liga, cosas que, ciertamente, no ha desconocido Mussolini. *Pecunia* eran primero los ganados; como constituían la base de la riqueza pasó a significar riqueza; y cuando el dinero representó a ésta, tomó el sentido de moneda. ¿Y el *lujo*? Pertenece a una época más civilizada, con ideas morales rígidas. Viene de «luxo», que ha dado luxación, quebradura; término quirúrgico que, por extensión, significó toda violación, todo quebrantamiento de una regla; entre ellos, para un pueblo sobrio, estaba el exceso de suntuosidad, el lujo. El nombre envuelve su condenación. *Rivales* viene de «rivalis», ribereños, los que estaban al borde del mismo río y tenían esos pleitos de agua que tan bien conocen los agricultores chilenos. *Prenda* arranca de predio, terreno dado en garantía de un préstamo; como, al fin, todos los terrenos estaban hipotecados, predio significó terreno. En francés primitivo, *gain* no significaba ganancia, sino ganado; cuando el ganado se transformó en ganancia, la palabra siguió el mismo camino.

Las palabras van así detrás de los hechos como la sombra detrás de los cuerpos, son su doble etéreo que, a veces, suele desprenderse y persistir con vida propia.

• • •

Tales son, para no alargarnos demasiado, algunas de las amenidades que procura la Semántica.

Puede ser que, si se crea el Instituto de Altos Estudios pedido al Gobierno, tengan nuestros escritores ocasión de afirmar su cultura con estos conocimientos que los harán dueños del lenguaje y les darán al mismo tiempo una llave preciosa para el recinto secreto del espíritu.

Por ahora la inmensa mayoría los ignoran en gran parte, si no en su totalidad. Hemos referido cómo tuvimos nosotros noticia de la Semántica. Ello nos autoriza para terminar con una pequeña anécdota. Muy ensoberbecidos con este nuevo saber, quisimos lucirnos delante de ciertos amigos y le preguntamos a Jorge Hübner lo que significaba Semántica. Jorge Hübner sabe latín, porque lo estudió hasta el sexto año en el Seminario, el único colegio donde se enseña bien; y además ha leído enormemente. Después de meditar un rato, repuso con heroica resignación que lo ignoraba. Hicimos la misma pregunta a Julio Talanto, hombre universal, erudito enciclopédico, exégeta, historiador, estilista, devorador de libros. Repuso que por supuesto lo sabía; pero nos hizo esperar un poco la explicación. Por fin, exclamó muy seguro:

—Es una rama de las Matemáticas.

Nosotros nos sentimos en buena compañía.

Y no fué éste el menor agrado que nos proporcionó la Semántica.